

Pablo Ingberg Las cocinas de los diarios

Quienes hayan colaborado en diarios tendrán sus propias experiencias. Quienes no, he aquí una oportunidad para conocer algunos entretelones.

Tengo para mí que las cosas han empeorado un poco, digamos, a partir de los noventa; que el respeto al estilo y las opiniones del autor han tendido a disminuir a manos de una “edición periodística” cada vez más omnipotente. Aunque quizás haya sido siempre así y simplemente soy víctima del inexorable “todo tiempo pasado fue mejor”.

Cuando a fines de 1995 empecé a colaborar con el suplemento cultural de *La Nación*, alguien (prefiero omitir nombres, porque no me interesa denunciar aquí a personas sino en todo caso el sistema al que responden) leía de inmediato las notas que yo entregaba, me hacía algunas objeciones muy atendibles y yo corregía los pasajes correspondientes en consecuencia. Es natural, cuatro ojos ven más que dos: cuando damos a leer a otro mínimamente calificado lo que hemos escrito, es factible que ese otro encuentre detalles que podemos mejorar y de ese modo nos ayude a hacerlo. Siempre que, claro, sea quien escribió el que decida y haga las modificaciones. Caso contrario, o sea, si el otro decide y modifica sin consultar al autor, es posible que termine haciéndole decir cosas que el propio autor no querría decir en absoluto.¹

Aquella experiencia mía inicial, de señalamientos que yo agradecía y de los que aprendía, cambió con el tiempo. Es decir, una u otra persona empezaron a introducir modificaciones en lo que yo escribía, sin consultarme. A veces eran aciertos: mejoraban algún detalle, incluso más o menos como lo habría hecho yo mismo si me hubieran dado la oportunidad. A veces eran irrelevantes: me acuerdo de una vez en que me cambiaron un “por ende” (que yo había elegido para ahorrar cuatro espacios) por un “por lo tanto”. A veces, en mi opinión (la de quien firmaba), empeoraban lo que había hecho yo. Con todo, en general las modificaciones, al menos en mis artículos, eran más bien pocas y poco importantes. Sólo en dos casos recuerdo que me hicieron decir cosas que no habría dicho jamás. Uno era un detalle bastante menor² y no recuerdo mucho más que mi disgusto y mi protesta, no muy bien recibida. El otro es el que expongo a continuación.

Entrevisté a Harold Bloom en Nueva York a fines de 1999. El resultado fue unos meses después nota de tapa del suplemento (una de mis pocas, si no la única: tanto *spotlight* es más bien contrario a mi naturaleza). Las modificaciones que causaron mi disgusto posterior (sólo las conocí ya publicadas, y mis protestas no tuvieron muy buena acogida) fueron, según más menos recuerdo, de tres órdenes. Primero: en materia de entrevistas, prefiero que las palabras del entrevistado ocupen el mayor espacio posible y las del entrevistador el menor posible (a contracorriente de lo que tiende a imponerse cada vez más); en ese contexto, entendí que Harold Bloom era lo suficientemente conocido entre los lectores de suplementos literarios como para volver innecesaria demasiada introducción acerca de él; quien echó mano entendió lo contrario y agregó un párrafo inicial de su propio cuño, con opiniones, tono y estilo totalmente ajenos a los míos; en suma, si se consideraba necesario agregar otro párrafo introductorio, podrían habérmelo pedido a mí, que había estudiado bastante para hacer esa entrevista, la había hecho, la había puesto por escrito y era quien la firmaba. Segundo: me agregaron, no una sino varias veces, que Bloom era un crítico provocativo y tenía un estilo provocador, algo que yo no sólo no había puesto ni una sola vez, sino que además no habría puesto nunca, porque para mi gusto (el de quien firmaba) son fuegos de artificio que desvían la

¹ Véase dentro de la sección *Notas*, en la parte referida a mi nota sobre *La Bolsa* de Julián Martel, cómo un tal Vazeilles

² Véase dentro de la sección reseñas la de una novela de Andrés Rivera.

atención de lo relevante; la respuesta a mi protesta respectiva fue que eso era lo que decían varios en Internet; o sea, unos minutos de Google valían más que todo el trabajo que había hecho yo para esa entrevista, y las rápidas preferencias de quien hizo las modificaciones valían por sí mismas sin necesidad de consultar a quien firmaba. Tercero: yo explicaba al final de mi breve introducción, de manera más o menos graciosa, que Bloom interrumpía las preguntas, y así lo reflejé después en tres casos; quien “corrigió” dejó mi explicación inicial, pero completó las tres preguntas que yo había dejado interrumpidas por las respectivas respuestas; eso no sería tanto, lo peor es que no me preguntó cómo completarlas (bastaba un llamado telefónico de un par de minutos), sino que inventó lo que le parecía que podía ser, y no acertó en absoluto, al menos en un caso, el de unas antiguas declaraciones de Bloom a *The Paris Review* (que yo había leído; quien “corrigió”, no); o sea, aparecí firmando un error de otra persona.

Para quien quiera cotejar los resultados de esta cocina, acompaño aquí la entrevista tal como yo la entregué y el link para ver lo que apareció publicado. Si bien a mi juicio (el de quien firmaba) mi versión era mucho mejor, no creo que no fuera mejorable; lo que sí creo es que una nota para un diario no es un cheque firmado mayormente en blanco para que otro agregue lo que le parezca sin consultar al firmante.